

Del individuo al sujeto. Modos de pensar la cura.

Karla Fuenzalida Awad ¹

Desde sus orígenes la psicología se ha presentado en una relación de tensión frente a la ciencia. En su intento por calificar dentro de esta se ha visto interpelada a definir en primera instancia el objeto que pretende estudiar, así como también el método con que procurará abarcar dicho objeto, tarea que aún hoy no ha sido resuelta de modo definitivo. Ya vemos cómo al reunimos en un congreso que tiene como común denominador el pertenecer a una categoría de “estudiantes de Psicología” no podemos estar seguros de coincidir con precisión sobre de qué es de lo que realmente estamos hablando.

Podemos decir que la psicología se adjudica como objeto de estudio al “individuo”, ya sea en relación a una conciencia que se le atribuye o a su conducta observable. Me interesa aquí trabajar el concepto de individuo, entender qué supuestos son los que permiten pensar lo que se denomina “enfermedad psíquica o psicológica” y desde ahí plantear la posibilidad de algo así como una “cura”, además de preguntarnos a qué se refiere precisamente ese concepto en psicología para ponerlo en tensión con el concepto de cura que, desde el psicoanálisis plantea Lacan en su llamado a “retornar a Freud”, proponiendo así la noción de sujeto, objeto de estudio del psicoanálisis, muy distinta a la idea de individuo de la psicología.

Existen diversas ramas de la psicología que trabajan sobre diversos aspectos de lo que es el individuo. Por ejemplo, la psicología evolutiva estudia “la evolución del individuo”, la psicología social según moscovici, se ocupa del “conflicto que se da entre el individuo y la sociedad”, etc.

Pero surge la pregunta ¿qué se entiende por individuo? Individuo viene del latín, *individuis* que es literalmente lo que no se puede dividir. Así lo podemos entender como la unidad elemental de un sistema mayor o más complejo respecto del cual no tiene sentido algo menor que un individuo. Ósea dentro de una sociedad humana no tendría sentido algo menor que una persona humana entendida como “un individuo”. En la vida cotidiana se entiende a un individuo como un conjunto de pensamientos y

¹ Psicología, 5º año, Universidad Andrés Bello.

acciones que se consideran como una entidad responsable de sus acciones. Según la RAE una entidad es todo aquello que exhibe existencia, autonomía y diferenciación.

La existencia designa el hecho de ser de una manera absoluta, es el simple hecho de ser, concebido sin determinación alguna, sin predicado, sin nada. El ser comienza así por la indeterminación de la existencia, del hecho de ser puro y simple. Esta idea de existencia nos permitirá aprehenderla a ella misma de un modo inmediato. Así, ser y pensamiento es lo mismo, la existencia es inmediatamente conocida. Recordemos la célebre frase de Descartes “pienso, luego existo”, pensamiento y existencia (como el hecho de ser) es idéntico, ya que en tanto pienso existo. Y ¿Quién piensa? El que piensa es un Yo, una conciencia, una individualidad, es la existencia entendida como individual, ya que es el individuo quien existe, y el conocimiento de su realidad pasa por su conciencia y sus actos (voluntad). Desde aquí nace el objeto de la psicología por excelencia, me refiero al “yo” como “conciencia” individual (indivisible).

La autonomía como concepto filosófico y psicológico, expresa la capacidad para darse normas a uno mismo sin influencia de presiones externas o internas. Autonomía es sinónimo de autogobierno, auto-organización, autodeterminación. Y aquí la acepción de conciencia como conciencia moral.

La diferenciación nos recuerda el Uno, lo singular, otra vez el individuo.

Aristóteles plantea “que el objeto eterno de todas las búsquedas presentes y pasadas, el punto siempre en suspenso: ¿Qué es el ser? Equivale a preguntar ¿Qué es la sustancia?”. Lo sustancial, el fundamento, la instancia de sujeción última, que supone identidad, mismidad, constancia, inmutabilidad.

Sujeto es una palabra que viene del latín *subiectus*, lo que se ha entendido como esta instancia última a la que Aristóteles alude, es decir, lo que hace de fundamento, al que se le agrega el “accidente”, como una expresión dialéctica en tanto este ya supone a la sustancia. Este concepto de Sujeto es el que derivó en la idea clásica del Hombre, como objeto de estudio de las ciencias humanas, el llamado aquí Individuo, por todo lo que de sustancial e indivisible se adjudica.

Hay otra idea que se deriva del latín *subiectus*; “poner debajo, someter”, y esta definición muestra una oposición llamativa frente a la autonomía que se deriva de la idea del sujeto como fundamento, o el Individuo en tanto entidad. Ya no se entiende como el que está debajo haciendo de fundamento, sino lo que está sometido, “sujeto a”. Aristoteles plantea el accidente en una relación dialéctica con la sustancia, pero sin dudar que la sustancia es el fundamento de cualquier accidente. Ahora bien, una de las definiciones que la RAE propone para sujeto, es; “asunto o materia sobre la que se habla o escribe, ser del cual se predica o anuncia algo”. Es decir, hay algo que dice al sujeto. Desde esta definición lingüística de sujeto, surge también una dialéctica como la que Aristóteles plantea entre sustancia y accidente, pero aquí el sujeto está lejos de ser “sustancialidad”, fundamento de cualquier accidente, sino que es el accidente, digamos el predicado, el que dice al sujeto, el que le da un lugar, al decirlo y de ese modo lo determina, lo hace sujeto sujeto a un discurso.

La idea de sustancialidad es la que está relacionada con la noción de individuo, para Lacan algo del registro de lo imaginario. Pero el sujeto, desde esta definición lingüística, lo entendemos como sometido a una estructura, la del lenguaje, que es lo que dice a este sujeto. Por tanto, así entendido, el sujeto no puede aprehenderse de manera inmediata, es necesario que algo “hable” de él. El Sujeto se presenta como la desustancialización del individuo y el Uno cerrado, la totalidad, la posibilidad del conocimiento inmediato, como un espejismo, una ilusión.

Así el objeto de estudio de la psicología, derivado de la noción tradicional de sujeto, como fundamento, como mismidad, totalidad, identidad estática, yo cerrado,

resumido en la noción de Individuo, se instala en una relación de tensión con la idea de Sujeto que el psicoanálisis rescata desde la lectura que hace Lacan en su llamado a “retornar a Freud”, es el sujeto entendido lingüísticamente en esa relación dialéctica que lo hace sujeto a la estructura del lenguaje, por lo tanto con una identidad fisurada. Ya no es posible entender al sujeto como un yo que se define en el modelo tautológico del “yo soy yo”, mismidad, sustancialidad, identidad, indivisibilidad son conceptos que quedan así en cuestión.

Eidelsztein propone concebir el psicoanálisis como *“una práctica terapéutica, que opera como respuesta racional y, por lo tanto, comunicable, al malestar en la cultura específica del sujeto de la ciencia, que se manifiesta como un exceso de malestar. Tal malestar o sufrimiento es considerado en forma particular en cada caso, mediante el rescate de las funciones del deseo y de la verdad en el campo del saber.”*

En la cultura occidental la presencia de la ciencia como modo de elaboración del saber trae consecuencias específicas. Una de las propiedades que más destaca del saber científico es que este tiende a la unificación, a la totalidad. Tal cual la psicología tiene la idea de un yo totalizador y unitario, susceptible de conocimiento inmediato. Pero ahí, en ese intento hay algo siempre que se escapa, que falla, que fracasa. Algo que se desliza, que no permite el cierre total de la significación, siempre hay un nuevo predicado que puede seguir diciendo al sujeto. Por lo que no se puede hablar de inmediatez respecto a su conocimiento. Freud advirtió que “El Yo no es amo en su propia casa”. Se trata también de limitar, relativizar el papel del saber de la ciencia positiva, Lacan plantea que retornar a Freud es remitirse a un malestar irremediable. No es posible cerrar la significación, hay una barra que divide el significante del significado lo que implica un contacto indirecto con el sentido, un contacto mediatizado, es esta barra la que impide la inmediatez del conocimiento y la imposibilidad de un yo, de una conciencia autónoma, que sea definida en sí misma, sin predicado alguno, tal como el saber científico que exige siempre un nuevo predicado, de ahí la acumulación de este tipo de saber, que pretende sin embargo llegar a un cierre completo, a un momento del conocimiento total donde no sea necesario decir nada más.

Sin embargo más bien, como lo plantea Eidelztein, asistimos a la caída del referente, que implica que el propio sujeto queda dividido y en su definición, en la posibilidad de autoconocerse, en su autonomía, se ve impedido o más bien, imposibilitado, por este resto inconsciente fundamental (lo no dicho, lo que no alcanza a significarse) que impone la verdad y que sólo puede decirse a medias. El sujeto como asunto del cual se habla no se puede decir a sí mismo de modo total y definitivo, sujeto a la estructura del lenguaje no escapa a la barradura que se alza entre significado y significante, por lo que el sujeto del inconsciente es un sujeto barrado, así “el uno introducido por la experiencia del inconsciente es el uno de la hendidura, del coste, de la ruptura...una forma ignorada de lo uno...se pierde en la medida en que se encuentra”.

La Psicología pretende estudiar el “correcto funcionamiento del pensamiento y sus fallas”, al fundarse en el movimiento que hace del sujeto un objeto de estudio, de conocimiento científico, tiende a cerrar el efecto sujeto, mediante su sustancialización. El sujeto convertido en objeto es el Hombre, objeto de todas las ciencias humanas, el sujeto tomado en una aparente unidad (el individuo).

Como no hay posibilidad de autoconocimiento inmediato, de acceso total a una conciencia única e indivisible, se instaura un proceso que durará toda la vida, que consiste en la identificación de uno mismo en términos de otro (sujeto como algo de lo que se habla, de lo que se dice). Freud no nos permite pensar al yo como una fuerza coherente con control sobre la psique de una persona, el yo permanece en conflicto interno permanente, sólo soportable mediante el autoengaño, una ilusión. El sujeto “es”

en la medida en que algo lo dice, en la medida en que “eso habla de él”, hay una falla de ser, punto de falta que permite que algo lo diga, mediáticamente. La existencia aquí no se entiende como el hecho puro de ser, si no como lo que existe fuera (ex - sistencia). Es decir, existe en tanto hay otro que lo dice, en el lenguaje. Aquí toda pretensión de autonomía y unidad es difícilmente pensable.

La ilusión o engaño responde al sueño o demanda del neurótico, la necesidad de un saber absoluto, cerrado, sustancial. Esta idea ejerce fascinación, la idea de al-menos-uno que escape a esa falta en ser. Fascinación que sustenta las llamadas “ciencias exactas”, que pretenden un saber entendido como conocimiento inmediato, dar con “La Cosa”, con el sentido, el significado, pero contradictoriamente, mediante un lenguaje, el lenguaje de la ciencia, que por el simple hecho de ser un lenguaje ya está en la lógica de la mediatización ; “la palabra mata la cosa”, accedemos a ella (a la cosa) mediante un rodeo, mediante una palabra que la refiere, y en esta operación siempre quedará un residuo que la palabra no alcanzará a cubrir, un resto de real de la cosa que regresa.

La psicología en su intento de pertenecer a la ciencia, también se ve sometida a esta ilusión de absoluto, ya desde el momento en que se dirige a un individuo, al Uno, a una sustancia.

El discurso científico es el discurso del Amo, discurso del al-menos-uno que escapa a la falta en ser, discurso que podemos entender desde lo imaginario, ya que solo como ilusión habría ese Uno que escape a la falta, falta estructural, falla en ser que permite que haya algo entendido como un sujeto. Es la manera que tiene el lenguaje de fabricarnos, y es por eso que como sujetos, estamos sujetos al lenguaje, nos preexiste como una red simbólica a la que accedemos teniendo ya un lugar que nos determina, que nos dice. El lenguaje nos hace con falla. Es el discurso del Amo, el discurso de la ciencia el que intentará restaurar esa falla, colmar la falta con un saber absoluto. Pero al modo de un residuo que regresa, lo no cubierto por el discurso científico nos interpela, una y otra vez, ya que esta falla es estructural, no accidental ni contingente, es por esta razón que no se logra “reparar”. Es una falta entendida como causa.

Los pacientes asisten a consultar al psicólogo, al psiquiatra o al analista porque sufren, hay algo en sus vivencias que desborda su capacidad de simbolización. Hay algo que él no sabe de sí, pero que otro, el científico, el Amo, el al-menos-uno, sabrá. Se dirige al Saber, donde depositan la (supuesta) verdad. Esto es algo que se da en la cultura occidental, precisamente por su modo de operar con el saber, la posición frente al saber que el modo científicista impone. Así la psiquiatría y la psicología atravesadas por este modelo, intentan recubrir esa falta, ese agujero que estructura al sujeto, al sujeto dividido, al sujeto del inconsciente. Entonces tenemos laboratorios internacionales que apuntan a suturar los síntomas mediante terapias breves y psicofármacos, poción milagrosa. Las investigaciones genéticas también son depositarias de muchas esperanzas de explicar el misterio de la humanidad, hasta hoy terrenos mas ocupados por suposiciones y dudas que por certezas.

Para el psicoanálisis, psicosis, neurosis y perversión son estructuras subjetivas, no enfermedades mentales que una terapéutica, basada en el discurso del Amo pueda “normalizar” ni “curar”. El discurso de la ciencia, así como el discurso neurótico se empecina en tapar al síntoma en vez de reconocerlo, demostrar aquello que lo causa, la falla, pero no como estructural, sino que significada, imaginarizada.

El discurso analítico designa así el único lugar en el campo del saber o de los saberes que no solamente tiene en cuenta la falla que nos constituye, como estructural, si no que además, hace de ella la causa, lo que hace pensar, crear y a fin de cuentas, hablar.

Frente a los determinismos imaginarios a los que el neurótico atribuye su desequilibrio, el psicoanalista se mantiene en silencio, acoge su dolor de existir, dolor que nos concierne a todos, ya que es en última instancia el dolor del destierro del sujeto de la ciencia, el exilio en lo real del objeto al que renunció el ser hablante. Pero el psicoanalista no se puede ubicar en el lugar del Saber, del destinatario de su dolor, del Amo suficientemente absoluto que repare el desperfecto, pues si se responde a su reclamo se arriesga la subsiguiente defraudación, exacerbación del reclamo, crisis de nervios, en fin, nuevos modos de síntomas.

El analista acoge la demanda en la abstinencia, para que el sujeto pueda simbolizar esta dimensión de la falla, el hueco que deja el objeto perdido, donde el agujero no será disfrazado o velado por las coartadas imaginarias que impone el yo. El silencio del analista representa al Otro del inconsciente, el sujeto se dirige a este como portador de un supuesto saber, pero el analista calla porque no tiene nada que decir, su función es otorgarle la palabra al paciente. No hay un metalenguaje, como saber previo desde donde interpretar la emergencia del inconsciente, que siempre es “uno a uno” e inanticipable. No hay fórmula que se pueda aplicar al inconsciente en general. El inconsciente se da en el acto de decir, como aquello que “sabe” más de lo que el hablante quiere decir. Quien habla no es dueño de lo que dice, en cuanto se habla, uno es hablado por la lengua que preexiste lógicamente al sujeto (el lapsus se impone, ya que en el lenguaje siempre se juega algo del orden del malentendido).

El psicoanálisis con la concepción de sujeto con la que opera no plantea la “cura” como la liberación del dolor, como el cese de un desperfecto, sino que intenta enseñarnos a vivir con lo incurable que nos constituye. De lo que se trata es de despertar al sujeto neurótico de los fantasmas de omnipotencia que mantiene y que alimentan bien su presunción, cuando cree satisfacerlos o bien su depresión cuando piensa fallarles. La idea es modificar el lugar estructural, fantasmático analizando el posicionamiento subjetivo que posee un sujeto y los significantes que en la estructura del lenguaje lo determinan.

De cualquier modo, lo que aquí intento plantear no es la discusión “psicoanálisis o ciencia”, más bien pretendo trazar una línea que nos permita pensar estos campos como lugares o áreas separadas, inconciliables en sus mismos orígenes. Los objetos de estudio de cada disciplina varían cualitativamente, son en sí mismos supuestos teóricos diferentes que implican un modo de operar sobre dichos objetos también distinto. El discurso del Amo opera a costa de la propia subjetividad, la cual se manifiesta en respuestas sintomáticas, pánico sin Otro concreto, angustias, síntomas mudos, a los que este discurso en su misma lógica responde tranquilizando mediante fármacos, psicoterapias que aspiran a robotizar, uniformar, objetivar al sujeto, sustentados en la suposición de un saber absoluto, universal y totalmente válido. Pero el Amo, no se detiene en que la repetición lo delata en su insistencia. Los síntomas siguen ahí, las demandas se exacerban. Es en esto, justamente en ese real que insiste, desde donde el psicoanálisis construye sus fundamentos. No se puede hablar de psicoanálisis “desde” el saber científico, entendido como el saber del Amo, ya que esto sería ubicarlo al interior de un discurso que intenta encontrar, nuevamente, una verdad universal. El saber empuja a la trampa de la ilusión y tapando el inevitable “todo no se puede” aparecen las psicoterapias que acabarían con el sufrimiento del hombre moderno. Entendiendo el psicoanálisis de este modo, Lacan se enfrenta al aferramiento a la ciencia que ansiosa intenta homogeneizar el conocimiento. El psicoanálisis propone en primer lugar enfrentarse con lo irreductible y luego con la tarea de lo imposible de curar. Su preocupación es el deseo del sujeto y no el saber del Amo, el psicoanálisis como ciencia sería una ciencia de lo singular y por esto sus efectos no pretenden

alcanzar la universalidad, no es posible para él dar con ese número entero al que la razón aspira, el Uno, el absoluto. Nadie tiene La Verdad, por lo que aquí no se trata de verdades, sino de efectos de una clínica, la verdad del psicoanálisis es que no hay ninguna verdad, ni Otro que la tenga. Por lo tanto el sujeto de la ciencia, del conocimiento, del pensamiento consiente, el individuo auto determinado, no es el marco para entender el psicoanálisis. El objeto del psicoanálisis es el deseo, que ninguna ciencia exacta ha podido erradicar hasta ahora. El psicoanálisis es entendido así como el reverso del saber científico que anula al sujeto, intentando suturarlo, colmar su falta estructural, empresa imposible. Así el psicoanálisis se ofrece como una escucha que reivindica la subjetividad, la falta, el deseo.